

Marco Elio Aureolo, hijo de Dacia, que siendo pastor había entrado en el ejército romano y llegado desde soldado raso, bajo la protección de Galieno, á caballerizo mayor de este y á jefe de la caballería. Ingenuo huyó, pero viéndose perdido suicidóse, y Galieno pudo reducir á la obediencia, no sin cometer actos de horrorosa crueldad, la provincia sublevada.

En el año 260, hallándose todavía en Panonia, recibió Galieno noticias de grandes desgracias ocurridas en el país riniano, en Italia y en las provincias del Este. En la cuenca del Alto Rin Póstumo había tenido que rechazar ya en el año 258 una irrupción de alamanos. Esta vez, en 260, las tribus alamanas se dirigieron hácia la Italia, uniéndose á las masas marcomanas que lentamente se movían al Nordeste de la península; y pasando los Alpes, llegaron hasta las puertas de Rávena. La noticia excitó los ánimos en todas partes, y por supuesto también en Roma, donde el Senado, que había recobrado carácter y vigor en virtud de las consideraciones con que le habían tratado los emperadores Decio y Valeriano, tomó á su cargo la defensa del país en ausencia de los dos emperadores, y organizó el armamento general. No estaba extinguido el espíritu varonil romano en el pueblo itálico, sobre todo en la Italia septentrional, como ya hemos visto cuando la ciudad de Aquileya resistió y detuvo delante de sus muros á Maximino con su ejército; y como además estaban fortificadas todas las ciudades, grandes y pequeñas, en aquellas comarcas, los bárbaros no pudieron hacer mas que devastar el país. Tan luego como Galieno se vió libre de enemigos en Panonia, acudió, en el año 260, para librar á la Italia de los invasores, y encontró á los alamanos cerca de Milan, donde los destruyó completamente. Para deshacerse de los marcomanos y separarlos de los alamanos hizo una alianza con su rey Atalo cediéndole un distrito de la Panonia y tomando por segunda esposa á su hija, además de su primera esposa la emperatriz Salonina. La conducta patriótica y varonil del Senado disgustó mucho á Galieno, siempre receloso, y probablemente con mucha razón; y así para evitar todo peligro por aquel lado dispuso al Senado de toda obligación en materia de defensa del país, con lo cual quitó á los senadores el acceso á los altos puestos militares. Esta disposición, sin embargo, caducó de hecho al terminar su reinado.

La Italia quedó libre de enemigos bárbaros, pero en cambio fueron tristísimas las noticias que llegaron de la Mesopotamia y del Rin. El emperador Valeriano, en medio de las grandísimas dificultades que se le ofrecían en su lucha con los persas, los godos y el pretendiente Ingenuo, había pasado en el año 258 á Bizancio y celebrado allí un gran consejo de guerra con la flor de sus generales ilíricos, entre los cuales se distinguía especialmente Aureliano, que en el año 257 había combatido admirablemente contra los godos. En este consejo se trató también de los desgraciados cristianos, á quienes desde el año 251 no se había perseguido, aunque las leyes dictadas contra ellos seguían vigentes. Tan grande y espantosa era la miseria que la peste, las continuas guerras interiores y otras calamidades habían causado en el imperio, que el mundo pagano no se explicaba tanto infortunio sino atribuyéndolo á la ira de los dioses al verse despreciados de hecho por efecto de la tolerancia que el país tenía con los cristianos. Esta opinión era tan general que en el año anterior se había recrudecido en Roma, y en Africa especialmente, la persecución de los cristianos, los cuales en gran número habían sido desterrados ó condenados á trabajos forzados. Así se explica que Valeriano tuviera la debilidad de escuchar en el citado consejo de guerra la proposición del general Macriano de reconciliarse con los dioses sacrificando á los cristianos. En su consecuencia, expidió Valeriano desde Bizancio, en el año 258, las

órdenes draconianas condenando á muerte á todos los obispos y sacerdotes. Por este edicto imperial los senadores cristianos debían perder sus dignidades, privilegios y bienes, y si continuaban refractarios se les condenaba también á la pena de muerte, y á las mujeres cristianas de elevada posición se les imponían la confiscación de bienes y el destierro. Este huracán aumentó considerablemente el número de los mártires, entre los cuales se encontraron Xisto el ateniense, obispo de Roma, y como tal llamado Sixto II, y Cipriano, obispo de Cartago.

El destino había negado al viejo emperador victorias de trascendencia en sus empresas guerreras. Mientras estaba en el año 259 peleando contra los persas, que en gran número sitiaban en vano la fortísima ciudad de Edesa, en la Mesopotamia, una numerosísima hueste de godos occidentales, ó visigodos, procedente del delta del Danubio, pasó en barcas de pescadores el Bósforo y penetró en el Asia Menor, guiada según se dice por un griego llamado Crisógono, desertor ó esclavo fugado. Los visigodos tomaron y saquearon la ciudad de Calcedonia y muchas otras plazas ricas de la costa de Bitinia, donde apenas hicieron resistencia las débiles guarniciones romanas, compuestas de legionarios auxiliares y milicias del país, que probablemente estaban muy mal pagadas. Al fin las inundaciones del río Rindaco obligaron á los godos á emprender su regreso, y lo efectuaron por Nicea y Nicomedia, saqueándolas y reduciéndolas después á cenizas.

En el año siguiente, 260, la peste hizo horriblos estragos en la Capadocia, donde el emperador se hallaba con su ejército. Las operaciones militares se resintieron muchísimo de este triste estado de cosas, y habiendo hecho la bizarra guarnición de Edesa una brillante salida, acudió Valeriano diligente desde Samosata para cooperar á ella y libertar la ciudad de sus sitiadores, pero los persas le derrotaron, y en tan desesperada situación, abatido y desalentado, ofreció al rey persa la paz para salvar lo que podía todavía buenamente salvarse. El astuto persa pidió una entrevista personal, y cuando el emperador, en el último tercio del año 260, le fué á ver en su campamento, le hizo prender brutalmente y conducir prisionero á Persia, donde le tuvo hasta su muerte haciéndole padecer las mayores ignominias. No se sabe cuándo murió Valeriano, pero se supone que vivió hasta el año 266 ó 269 en la ciudad de Chuchter, y allí fué muerto por los persas. El feroz Sapor le hizo desollar y mandó colgar su piel en el templo del fuego sagrado. Las esculturas de Chapur, Darabguerud y Nakchi-Rustam representan el acto de la prisión del infortunado emperador. Los prisioneros romanos hechos por los persas en esta guerra sirvieron para poblar la nueva ciudad de Gondi-Chapur, situada entre Chucher y Dizful.

Galieno al fin quedó como emperador único, pero nunca estuvo en situación que le permitiera libertar á su padre ni vengarle. Las cosas en el Oriente del imperio se fueron complicando y embrollando con nuevos incidentes, y á tan graves complicaciones agregóse súbitamente un infausto suceso en la cuenca del Rin. Hallábase defendida desde el año 258 esta frontera por Póstumo, que cumplía su misión de una manera admirable como solo un gran génio podía hacerlo, siendo también grande el entusiasmo que inspiraba al ejército y á las poblaciones. Entre tanto el joven hijo de Galieno, acompañado de su consejero Silvano, continuaba en Colonia como César y jefe nominal de las provincias del Occidente. Llegó en esto la noticia de la gran desgracia ocurrida en Oriente, y entonces Póstumo aprovechó la nueva situación y un conflicto que tuvo con el joven César Salonino y su con-

sejero para sublevarse abiertamente. Marchó sobre Colonia, donde se hizo entregar á los dos personajes, los cuales sin mas ceremonia fueron muertos por orden suya, y con aplauso y júbilo de todo el Occidente romano, que comprendía también la Inglaterra, fué proclamado emperador juntamente con su hijo, ya adulto. Póstumo respondió á la confianza que habían puesto en él la tropa y los pueblos causando tan terrible destrozo en los francos, en el año 262, que estos hicieron las paces, se declararon aliados de Roma y aprontaron contingentes para el ejército romano. Entonces, las plazas fuertes de los romanos en la orilla derecha del Mein y en el Taunus, cordillera cubierta de bosques entre el Mein, el Rin y el Lhan, quedaron definitivamente en manos de tribus alamanas y francas. Tampoco descuidó Póstumo el bienestar material de la Galia, á pesar del mal estado de la hacienda. No consiguió dominar la crisis monetaria, que entonces había llegado á su estado mas agudo; pero la agricultura, la navegación fluvial y el comercio prosperaron entre el Rin y los Pirineos cuando no sufrieron el azote de la guerra.

Galieno por el momento no estaba en situación de dirigir sus armas contra su competidor en la Galia, porque después de la desgraciada prisión de Valeriano, las huestes persas con terrible ímpetu habían caído súbitamente sobre la ciudad de Antioquía y la habían tomado, saqueado y en parte reducido á cenizas. Desde allí invadió el rey Sapor con todo su ejército la Cilicia, ocupó á Tarsos y puso sitio á la fuerte ciudad de Cesarea en Capadocia, cuyos vecinos le opusieron una defensa heroica hasta que un traidor facilitó la entrada al enemigo y el consiguiente saqueo de la ciudad. Esta fué la última victoria que los persas consiguieron en aquella campaña, porque entre tanto habíanse rehecho las fuerzas romanas á las órdenes de los eminentes generales Macriano y Odenato. Cayo Marco Fulvio Macriano descendía de una familia que tributaba fanático culto á Alejandro Magno como su génio protector, culto que probablemente influyó en la carrera de Macriano. Fué en efecto un verdadero soldado de fortuna, que con su prodigioso valor y talento militar subió de una condición modesta al elevado puesto de jefe superior, siendo uno de los generales mas distinguidos de Valeriano. Cuando el desastre de Edesa, á pesar de tener inutilizado un pié, ocupó el primer lugar entre los generales en aquella parte del imperio. Hallábase en Samosata cuando el emperador fué hecho prisionero traidoramente, y allí reunió los restos dispersos del ejército, acabándolo de reorganizar vigorosamente en Emesa. Al propio tiempo otro héroe, el último prefecto de la guardia pretoriana de Valeriano, Balista, hombre de génio, de grandes dotes y de una pericia y destreza militar sin rival, restableció el honor de las armas romanas. Este general, al observar que los persas, embriagados por su victoria, se habían dividido en varios grupos para mejor asolar el país, se embarcó con su fuerza y pasó á la Cilicia, donde destruyó completamente una división persa que estaba atacando la ciudad de Pompeyópolis. Pero el golpe mas formidable y contundente que recibieron los persas fué el que les dió Odenato, natural de Palmira y presidente del senado de esta ciudad.

La ciudad de Palmira, situada en un feraz oasis entre la costa del Mediterráneo y el Eufrates, había prosperado extraordinariamente bajo el dominio romano, como estación principal del comercio entre el interior del Asia y la Europa, y en especial como punto de reunión de las caravanas que viniendo con géneros de la India los llevaban á Bostra, Damasco y Emesa. Este comercio activo daba á la ciudad una fisonomía pintoresca y aumentaba sus riquezas, su poder y el lujo, que se manifestaba hasta en la arquitectura, como lo demuestran las ruinas imponentes de sus monumentos. Sometida por Trajano, según se cree en el año 106,

fué muy protegida por Adriano, Septimio Severo y Gordiano III, y llegó á mediados del siglo tercero á su mayor esplendor. Antes de ser romana estaba organizada políticamente al uso griego, hasta que Septimio Severo la elevó á colonia romana con fuero itálico. En los últimos tiempos, durante las guerras interiores del imperio romano, se habían manifestado en Palmira tendencias á emanciparse del dominio romano y acercarse á la Persia, aunque sin perder su independencia. Entre las familias patricias cuyos nombres sirio-árabes se habían ido romanizando, la mas poderosa era la de Odenato, la cual desde un principio había sido sinceramente adicta á Roma hasta que Septimio Odenato I abrazó abiertamente la causa de la Persia, por cuyo motivo en el año 251 el poderoso Rufino le hizo dar muerte. Su hijo Odenato II continuó la política de su padre con tanta energía y buen éxito que la mayoría de los palmyranos se pusieron de su lado; pero cuando Odenato envió á rey de Persia una embajada con ricos presentes para proponerle una alianza, Sapor en su soberbia mandó arrojar los regalos al río Eufrates, diciendo que no quería la alianza sino la sumisión incondicional de los palmyranos. Entonces Odenato, que como presidente del senado de Palmira era en realidad el soberano de la ciudad y de su territorio, se declaró enemigo encarnizado de la Persia, y como hombre que había nacido para mandar, por sus brillantísimas dotes de valor, resolución y talento militar, aprovechó la victoria del general Balista, de que acaba de hablarse, para tomar venganza del rey persa y causarle con las fuerzas palmyranas una espantosa derrota cerca de Samosata, después de destrozar las tropas persas que huían delante de Balista. El orgulloso y bárbaro Sapor tuvo que retroceder apresuradamente con su ejército al otro lado del Eufrates. Odenato, á cuyas tropas se habían agregado muchos soldados romanos dispersos, le persiguió sin descanso al través de la Mesopotamia, apoderándose hasta del harem del rey, tomando las ciudades de Carres y de Nísibe y no deteniéndose hasta que llegó delante de Ctesifonte. Sin embargo, no quiso continuar la campaña, porque entre tanto el estado político en el Asia Menor había tomado un aspecto completamente diferente.

El héroe palmyrano había hecho su victoriosa campaña no como soberano de Palmira sino como general del emperador Galieno, al cual envió también los partes de sus victorias y varios prisioneros persas, y el emperador en cambio se apresuró á nombrar al valiente Odenato general en jefe de las fuerzas romanas en el Oriente. Odenato, por ambiciosos que fuesen sus proyectos personales, se mantuvo fiel al emperador Galieno, lo cual debió de coincidir con su interés personal, y se declaró adversario de Macriano, el cual á principios del año 261, mientras Odenato hacía su gran campaña contra los persas, se había hecho proclamar emperador en competencia con Galieno.

Apenas había quedado libre del enemigo el territorio romano en Asia, por las primeras victorias de Balista y de Odenato, cuando el ejército romano, trabajado previamente por los amigos de Macriano, principalmente por el mismo Balista, nombrado por el pretendiente prefecto de la guardia, le ofreció á principios del año 261 la púrpura imperial. Macriano aceptó, y siendo riquísimo, ofreció á las legiones doble sueldo ó en su lugar un doble donativo con motivo de su proclamación, haciendo nombrar al mismo tiempo co-emperadores á sus dos hijos Cayo Macriano y Cayo Quieto. Su primer paso fué marchar contra Galieno y disponer que en su ausencia Balista y Quieto continuasen en Asia para velar por la seguridad del país, mientras él y su hijo Cayo Macriano pasaban con cuarenta y cinco mil hombres á la Tracia. Como vanguardia, en la primavera del mismo año envió á la penín-